

SOBRE EL PORVENIR DE LA SOCIOLOGIA FRANCESA ⁽¹⁾

La sociología es, desde su origen, una toma de conciencia del hombre contemporáneo. Como tal, se hace desde una situación. Desde una situación, además, que es concreta, y por tanto que entraña una determinación en el espacio y en el tiempo, y una estructura social determinando poderosamente el uso de la inteligencia y el cuadro de temas sobre el que esa inteligencia proyecta su luz. Hacer una historia de cualquier sociología —francesa, inglesa, alemana, e, incluso, de la sociología pura y simple—, sin verla en conexión con la realidad de que emerge, y en donde constituye un elemento poderoso e integrante, me parece, por lo menos, dejarse en el tintero una de las grandes claves de comprensión de los orígenes, derroteros y futuros de la sociología en cuanto tal.

Respecto a ello apenas hay ejemplo más eminente que la gran sociología francesa. Desde sus orígenes hasta hoy, todos los estudiosos de esta disciplina le rendimos el homenaje más cálido y no tenemos inconveniente en proclamar la amplitud de nuestra deuda. Pero ello no obsta para que la veamos encuadrada y limitada en una situación, que sólo desde ella nos la expliquemos suficientemente, y, únicamente cobrando conciencia de la misma, la auguremos los mayores éxitos en el futuro.

La sociología francesa está intelectualmente bajo la sombra titular de dos grandes clásicos: Comte y Durkheim. Comte y Durkheim no son sólo realidades pasadas, sino realidades actuantes. Representan algo muy importante en la historia espiritual de Francia: el espíritu positivo. Este espíritu positivo ha defendido a la sociología francesa de los excesos especulativos alemanes, y puede

(1) ARMAND CUVILLIER, *Où va la sociologie française?* Librairie M. Rivière et Cie. París, 1953.

estimarse como uno de los grandes títulos que cuenta en su haber la sociología del país vecino. Con razón lo señala Levi-Strauss, en su balance de la sociología francesa publicado en el volumen segundo de *La sociologie au XXe siècle*, dirigido por Gurvitch: «La pensée française a prévu, il y a long temps, que la sociologie est une science du même type que les autres sciences et que sa fin dernière est la découverte de relations générales entre les phénomènes». Ahora Cuvillier, en este pequeño libro que comentamos, insiste, con razón, en este mérito.

Lo que me parece que no advierte es cómo este mismo espíritu daba a la sociología francesa desde sus orígenes un peculiar carácter. Este espíritu positivo subordinado a los «hechos» tendía a dar a estos «hechos» una neutralidad, que los arrancaba de su peculiar contorno histórico, naturalizándolos. La objetividad que se tenía a la vista es la objetividad de las ciencias de la naturaleza. Contra ello no se alegue las célebres páginas de Comte en que se subraya la relación entre sociología e historia. Por definición, la sociología de Comte nace con la esperanza de que la inteligencia sociológica organizadora va a dirigir y prevenir los eventos como el físico los suyos; de aquí su primera designación: *physique sociale*. Durkheim acentuó la tendencia con su noción del hecho social como cosa. El acontecer sociológico tendió así a perder todo su relieve histórico concreto. En el fondo de todo se hallaba un grupo social, el más poderoso de Francia: la burguesía, ungiendo con la intemporalidad del hecho la realidad social, y borrándole su carácter problemático y lleno de efectivas tensiones.

Por ello la sociología francesa ha tenido siempre un peligro que Cuvillier justamente señala, sin indicar sus causas: la tendencia de pasar de sociología a sociologismo, esto es, el deseo de instaurarse como una nueva filosofía, que borrara toda posible fisura por donde pudiera entrar la última toma de posición ante la realidad. Ello explica también su falta de interés por ciertas cuestiones. Un francés, Goldmann, ha hecho notar en una obra reciente, que excepto el libro de Halwache, *La classe ouvrière et les niveaux de vie*, apenas existen, en los momentos de mayor esplendor de la literatura sociológica francesa, libros generales sobre las tensiones sociales. La sociología como filosofía, y su falta de conciencia propiamente histórica son las constantes limitaciones en que se han realizado el despliegue de la gran sociología francesa. Teniendo esto en cuen-

ta no está tan alejado de la línea clásica el profesor Gurvitch, sino sólo exagera ciertos rasgos bajo la influencia de otras corrientes modernas. Su hiperempirismo no es más que una posición filosófica inconfesada, como agudamente vió von Wiese: es nuevamente instaurar un sociologismo. Al par Gurvitch ha acentuado hasta límites extremos la tendencia a quitar relieve histórico al acontecer singular pulverizándolo, si se me permite la expresión, en conexiones mínimas. La madeja de estas relaciones no deja ver ninguna forma histórica.

Ello nos explica también las líneas de despliegue de esta sociología. La primera y más notable sería la equivocidad fundamental entre geografía humana y sociología. Bouglé, en un libro célebre (*Bilan de la sociologie française contemporaine*, 1935, pág. 66) ya indicaba que era un problema difícil precisar las relaciones y diferencias entre sociología y geografía humana. La geografía humana francesa ha estado debatiendo más o menos explícita y abiertamente la cuestión de sus relaciones y diferencias con la sociología desde sus comienzos hasta su máximo representante actual: Max Sorre. Este, precisamente en un trabajo publicado en el *Centre de Documentation Universitaire*, 1949, no dudaba en afirmar que ésta es una disciplina ecológica, y que el medio social es determinante (*Initiation aux recherches sur la géographie humaine*, C. D. U., 1949.) Su noción del género de vida «comme un ensemble d'habitudes, de traditions, de gestes qui sont coordonnés et qui caractérisent un groupe humain», acerca las investigaciones de geografía humana y sociología. De hecho muchas contribuciones importantes a la morfología social han sido hechas bajo el título de geografía humana (pienso particularmente en los preciosos estudios sobre ciudades, de que es digno remate la última obra de P. George sobre *Les Villes*, P. U. F., 1952). En todo caso, el predominio de las cosas sobre los hombres, propio de la geografía, como subrayó en su día Vallaux, (*Les sciences géographiques*, Alcan 1925, pág. 359) e incluso la misma noción neutra y un poco equívoca de «género de vida» (sobre esto, la crítica de P. George a Sorre en *Introduction a l'étude géographique de la population du monde*, P. U. F., páginas 74 y ss), mantuvo en estos estudios el tono neutro y alejado de las tensiones históricas actuales características de gran parte de la sociología francesa.

La segunda gran línea de despliegue ha sido las investigaciones

etnológicas, ya desde Durkheim. La sociedad primitiva permitía, por un lado, un desarrollo de las leyes de estructura y función social, sin implicarse en los problemas concretos del presente. De otro, tal sociedad actuaba siempre tácitamente como un principio, en las dos acepciones del término: comienzo y fundamento. (Junto a ello y subordinada, una razón política: la política colonial francesa). De aquí que los *Années Sociologiques* se colmaran de material etnográfico; que entre los colaboradores inmediatos de Durkheim apareciera la genial figura de Marcel Mauss, con su cortejo de discípulos y discípulas, y que aún gran parte de la *Bibliothèque du Sociologie Contemporaine* esté dedicada a este menester. La expresión pública de esta tendencia es el bello «Musée de l'homme» parisién. Las últimas obras importantes son las de Levi-Strauss. *Les structures elementaires de la Parenté*, 1949, y la *Ethnographie de la Union Française*, 1953. Precisamente Levi-Strauss en una conferencia dada en diciembre de 1952 en la Sorbona, a la que asistí personalmente, no dudaba en afirmar que la etnología era la parte más rigurosa de las ciencias sociológicas.

Naturalmente la sociología francesa no podía sustraerse a las sollicitaciones de la realidad social actual y, por tanto, la tercera gran línea de despliegue de tal sociología, es los estudios particulares sobre el mundo contemporáneo. La investigación monográfica de la realidad presente está adquiriendo cada vez más relieve en la sociología francesa presente. Baste citar los dos volúmenes sobre *Paris et la agglomeration parisienne* realizados por Chombart de Lauwe y un grupo de miembros del «Centro d'Etudes sociologiques»; la investigación sobre Auxerre (sobre el modelo de Middletown), 1950; los estudios sobre el banlieu de París, dirigidos por P. George, 1949; las preciosas monografías rurales, de las que uno de los últimos ejemplos es Mendras, *Etudes de sociologie rurale*, comparando un cantón americano y uno francés; las monografías socio-políticas: Stoetzel y sus dos volúmenes sobre opinión; Siegfried, medio geógrafo, medio sociólogo, medio político, pero siempre excepcional, lo mismo cuando habla de los EE. UU. de hoy, que cuando hace una cartografía electoral y religiosa de Francia; Duverger y su estupendo libro *Les Partis Politiques*, 1952; Friedmann y sus estudios sobre realización del trabajo, etc.

Lo que temo es que todas estas monografías particulares no disminuyan, sino agraven el problema implícito a lo largo de todo

el desarrollo: yo le llamaría la disyunción entre positivismo y positividad. La sociología francesa ha querido consagrar un objetivismo de tipo natural, movida por el ideal de ser una ciencia neutra de «hechos», en el sentido positivista del vocablo. Ha sido una sociología «positivista». Su gran virtud ha estado aquí. Pero su gran defecto también. Su gran virtud, porque esto le ha protegido contra toda interiorización abusiva de la investigación sociológica, sobre todo contra esa maraña de pronombres personales —yo, tú, él, nosotros...— en que tan pródiga ha sido una parte de la investigación alemana. También contra los intentos formalistas: contra los reiterados programas de hacer una «geometría» del fenómeno social. Frente al formalismo y a los psicologismos más o menos larvados, la sociología francesa ha estado inmune o casi inmune. Pero su tendencia a tratar los hechos sociales como cosas (por amplia y generosamente que interpretemos este postulado) le ha dotado *ab initio* de un cuadro conceptual limitado. Ahora bien, un cuadro conceptual limitado acota en primer lugar el elenco de temas a tratar. En cierto sentido, el carácter cerrado y concluso que toma así la investigación resultante, puede darle un cierto aspecto de perfección. Pero la perfección se obtiene a base de despreciar la peculiaridad más honda de la realidad. Lo cual, en cierto momento, precisamente en el que florecen los grandes clásicos franceses, pudo no notarse, por la peculiaridad misma de la sociedad europea. Fué el instante feliz, previo a la guerra del 14, en que aquélla se creyó ungida de intemporal vigencia. La sociología francesa pudo entonces servir a la fijación intemporal de unas estructuras, no destacando su aspecto más problemático. Desgraciadamente las realidades se vengán. La movilidad y dramatismo de la sociedad actual han roto los grandes cuadros categoriales, y hoy asistimos a la última consecuencia de un positivismo desencantado, y la sociología francesa se encuentra ante el peligro, que agudamente señala Cuvillier, y que advertimos todos, de llegar a convertirse en una «ciencia de hechos sin ideas».

El único remedio está, en este caso como en muchos otros, en elevar a clara conciencia el carácter propio de la sociología y su función dentro de la vida humana. La sociología tiene como objeto propio el estudio de la estructura de los grupos humanos como realidades históricas. Para ello tiene que movilizar todas las técnicas que ha ido elaborando trabajosamente a lo largo de su decurso histórico, y que son medios fecundos de acceso a la realidad social,

«forzándola» en sus repetidos intentos de enmascaramientos, ocultamientos y velamientos. Pero ya en esta determinación la sociología encuentra una peculiaridad de todo hecho social, que ha sido destacada programáticamente por los mismos franceses, sin atenerse demasiado a ella: el carácter total de los hechos sociales. Con ello designamos la peculiar implicación de todos los elementos de la realidad humana (elementos biológicos, geográficos, económicos, culturales, etc.) en cualquier fenómeno social. La sociología como ciencia de la estructura sincrónica, para utilizar una terminología de Piaget, tiene que empezar a superar todo positivismo, bien formalista o de tipo naturalista, y examinar la totalidad concreta del hecho social como una unidad dialéctica o funcional. En realidad es este el primer paso hacia lo que pudiéramos llamar la sociología como un humanismo fundamental, en cuanto ve la realidad dentro de factores concretos que no son materiales sólo, ni espirituales tampoco, que no tienen subsistencia sobre sus elementos, pero tampoco resultan de la mera adición de ellos, que son resultados de hombres concretos y componen sobre ellos un peculiar campo de fuerzas en que se refleja la realidad fundamental psico-física del hombre mismo.

La «totalización» del hecho social es el primer intento de defender la sociología de los cuadros categoriales del positivismo y de su reducción a hechos unívocos y aislados. Pero es sólo el paso inicial. Como tal hay que continuarlo. La estructura del hecho social únicamente es comprensible dentro de un campo gravitatorio total que lo determina, y dentro del cual sólo tiene precisión y valor de «hecho». Ahora bien, en cuanto tal, el campo gravitatorio es un campo histórico. Los grupos son realidades concretas en una realidad eminentemente temporal y sólo por ella y desde ella. El estudio de los hechos sociales únicamente es posible en el contexto de la sociedad como una realidad histórica: histórica en el sentido de advenida, histórica en el sentido de adveniente. Este es el más profundo carácter humano y humanista de la sociología como ciencia. Esta tiene, pues, que aceptar su riesgo propio: ser ciencia con ideas. La sociología tiene que volver a ser un intento serio y profundo de interpretación de la realidad: en donde desde la totalidad se vaya a lo concreto y desde el hecho, y para respetar su propio carácter de hecho, al conjunto.

Los problemas que esto plantea a la sociología como ciencia y a las investigaciones concretas son de ingente gravedad. Pero es la

única manera de salvar ese callejón sin salida que es la acumulación de unos «supuestos» hechos, dotados de una «supuesta» objetividad sin sentido.

La sociología francesa los abordará y solucionará. A ello le obliga la grandeza del genio especulativo francés y la vocación de verdad de este grupo de investigadores que actualmente trabajan en el país vecino.

ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA

